

TESTIMONIOS

I. Los niños expresan su fe

CARMEN OCHOA ARAMBILLE

“Como le presentasen unos niños para que tocase y bendijese, los discípulos reñían a los que venían a presentárselos. Lo que advirtiéndolo Jesús le llevó muy a mal y les dijo: Dejad que vayan a mí los niños, y no se lo estorbéis; porque de quien se asemejen a ellos es el reino de Dios.

En verdad os digo que quien no recibiere el reino de Dios, no entrará en él” (Mateo 10, 13-15).

“Felices los que tienen espíritu de pobre, porque de ellos es el Reino de los Cielos” (Mateo, 5,

1. EL DIOS DE LOS NIÑOS

El niño, amado especial de Cristo, pequeño, humilde, indefenso, vulnerable, nuevo, delicado, sensible, inocente, ensalzado y elevado hasta hacerle modelo y "patrón" que debemos seguir hasta para entrar en el Reino de Dios. El niño, aceptando todo con sencillez, facilidad, naturalidad, porque cree en el adulto, padre, madre, maestro, que le habla. Confiando en él, teniendo fe en él, porque le ama y admitiendo su propia falta de saber.

El niño, comprendiendo, entendiendo, viendo las "cosas" tan claras, tan nítidas, sin razonamientos, análisis ni "sabidurías" que entorpezcan esta visión, y sobre todo creyendo "porque sí", sin explicaciones, *porque me lo dice mi mamá y el abuelo Julio* (Julito N. L., 6 años). *Creo en Dios, porque él me ha dicho que crea* (Angeles A., 12 años).

Los pobres, personas sencillas, que no sienten el placer del dinero y que, por lo tanto, no tienen su vida marcada por el mismo. Personas que no son brillantes, "importantes" en la sociedad, que con su actitud espiritual de pobres pasan desapercibidas, que toda su esperanza está en Dios, no en el mundo, y cómo no, los pobres reales, auténticos, que, además de las características anteriores no tienen dinero, y viven en precarias y a veces inhumanas condiciones. ¿Cómo es la fe de los sencillos? ¿Es tan simple que no se puede expresar con palabras o por su misma simplicidad se expresa fácilmente?

Para los niños es fácil expresar un sentimiento cuando es vivo, verdadero. Suplen la falta de vocabulario con una utilización asombrosamente certera de las palabras que manejan. No tienen el miedo ni el pudor del adulto a expresar algo íntimo, a exteriorizar un pensamiento e incluso a manifestar amor, ternura hacia los demás, buscando siempre una palabra que disimule una calidad humana que por deformación de la vida actual llamamos "debilidad".

Los niños expresan su fe con sencillez, ingenuidad, verdad, pero, sobre todo, con algo que asombra: con valentía y rotundidad. Hay frases maravillosas de niños amados por Cristo en su doble condición de niños y de pobres:

Yo siempre he opinado que Dios me quiere porque soy pobre, y él siempre "eligió" a los pobres. ¿Por qué? Porque si él era pobre y soy su hija tengo que ser pobre (Carmen Hidalgo, 11 años).

Yo no valgo mucho porque soy pobre y fea, pero para Dios valgo más que todo el mundo entero (Catalina C., 13 años).

En las personas humildes y buenas, en las personas de verdad necesitadas, en todas ellas está Dios y en ellas se refleja su cara (R María L., 11 años).

Todas las personas sienten dolor, hambre, frío y cosas así, y cuando lo sientes no creas que Dios te da de lado. Todavía te ama (Juana M. R., 13 años).

Dios quiere a todas las personas, y yo, como soy una persona, debe de querer. Aunque sea pobre, no le importa (Manoli F., años).

En todas estas frases hay un denominador común: la sencillez naturalidad con que es aceptada la pobreza. No hay en ellas resentimiento, sordidez, lamento, pero tampoco hay resignación, serlismo, explotación. Es simplemente un estado natural del que se reniega, que se asume sin dar mayor importancia al hecho, y esta misma aceptación está la superación del mismo.

● **Respuesta a interrogantes**

Hay interrogantes claves en nuestra vida, ante los que el niño se estremece, estudia exhaustivamente, consulta y busca una respuesta midiendo y pesando cada palabra; respuesta en la que se el misterio y no se da una definición clara, sino a través de la El niño no tiene acervo cultural que consultar. No ha acumulado ciencia ni sabiduría. Tiene el atrevimiento del sencillo, no del complicado, y responde simplemente con precisión y justeza, sin adornos ni elucubraciones a las cuestiones más arduas, delicadas, trascendentales, dejando que se transparente su fe en la respuesta. ¿Quién es Dios? ¿Dónde está? ¿Crees en El?

Dios es el único que me ayuda cuando lo necesito (Clara M., 10 años)
Yo creo en Dios, aunque no lo he visto nunca, pero lo "presiento" cuando lo necesito (Carmen Hidalgo, 11 años).

Dios es esa persona que nos dio el mundo, el amor y la vida (Miguel Caballero, 11 años).

Dios es el que creó al hombre y a la mujer, los árboles, el mundo entero, los animales, el mundo entero, poco a poco, día a día. Dios creó al hombre, unos para trabajar y otros para estar sentados, pero esto no tuvo la culpa Dios, sino los hombres, por su egoísmo (Luis Porcel, 10 años).

Dios es un ser extraordinario que todo lo puede, que crea y da vida a su imagen y semejanza. Nos quiere a todos y nos cuida aunque seamos muchos (Rosa L., 11 años).

Dios es el que creó este bello mundo, aunque ahora lo tengamos en época mala (Alberto G., 9 años).

Se advierte una profundidad especial en las afirmaciones siguientes. Todas coinciden en valorar a la persona haciéndola “habitar” preferido de Dios.

Los niños van mucho más allá de la respuesta quizá un poco fría del catecismo en el que se nos aseguraba que “Dios está en el cielo, en la tierra y en todas partes”. Ellos afinan más, especifican, son más certeros y, sobre todo, son más entrañables, creando una relación mucho más tierna, más “humana”, menos distante entre Dios y los hombres:

Dios está en todas partes. Y en una muy importante: En mi corazón (Catalina C., 13 años).

En mi corazón, en el alma, en el silencio, en la alegría y en la tristeza, en un animal, en una flor, en tu niñez, en tu juventud, en tu vejez. En todas partes está Dios (Teresa G., 12 años).

Dios está donde queremos que esté (Aurora S., 11 años).

En todos los sitios está Dios. Sobre todo en las personas (Mercedes Caballero, 11 años).

Está dentro de nosotros, “en dentro” de sus hijos (Carmen Hidalgo, 11 años).

A veces los niños, con un instinto especial y parquedad de palabras, alcanzan a dar respuestas de categoría filosófica:

Dios está en la mente de cada hombre (Irene G., 12 años).

Hay respuestas en las que el niño parece presumir ingenuamente de sabiduría; en realidad está proclamando su fe certera, sin dudas. Es fe de “saber”, que en el niño equivale a fe de “sentir”:

Se piensa que Dios está en el cielo, pero yo se que está en todas partes (Pedro A., 9 años).

Y, cómo no, la respuesta pintoresca, divertida, en la que el niño imaginativo y dentro de su mundo especial, “materializa” a Dios, adornándole de las cualidades más apreciadas por él y que, casi, le convierten en el compañero ideal para cualquier aventura:

Dios es un ser con características preciosas que se encuentra en todas partes: es mochuelo de noche, todo lo ve; igual por el día es zorra, todo lo “cacta”, es muy astuto. Es pájaro que va proclamando la felicidad y el amor (Antonio H., 10 años).

● **Felicidad
y amor**

Si para todos los seres el amor es importante, para el niño vital. Necesita amor de verdad, sentirse querido, aceptado, comprendido y querer, a su vez, con una entrega generosa, inteligente y desinteresada. Tiene un instante especial para distinguir este amor verdadero de otros sucedáneos que quieren vertir su ropaje, como la actitud permisiva, el halago, el regalo, que a veces encubren el total abandono, desinterés, falta de dedicación. Por eso, por falta de amor, hay tanto niño viejo, dañado, "muerto". El niño busca amor, que para él es muy "fácil". Sólo consiste en amar y ser amado, sin más complicaciones:

Quiero a Dios. Yo le quiero a él y él me quiere a mí (Rosa S. Rez, 10 años).

Sin comentarios. En la simplicidad de la respuesta está su grandeza.

Quiero a Dios porque creo en él (Juana Moreno, 13 años).

Le quiero porque le admiro (Aurora S., 11 años).

Le quiero porque me entiende (Pablo B., 10 años).

Quiero a Dios porque ha sido la vida y porque fue capaz de morir por todos nosotros y porque sabe comprenderme y cuida de mí. Por eso y por otras muchas cosas le quiero y creo que él corresponde a mi amor (Rosa López, 11 años).

Le quiero porque me ha dado la vida, porque me ha dado un padre bueno y una madre, porque nos ha dado bastante salud y porque comemos todos los días (Isabel D., 11 años).

Cuando tengo un problema, rezo a Dios y le digo ese problema luego, pasado un tiempo ya ha desaparecido ese problema. Yo también le quiero cuando tengo un problema y no desaparece (Angel M., 10 años).

En esta entrega del niño a Dios está la certeza de ser correspondido. Es hermoso este amor basado en la fe, con la seguridad de haber puesto su confianza en un Ser Superior en grandeza, bondad y comprensión que nunca le va a defraudar, al que esto mismo no teme, aunque a veces le ofenda, porque sabe que en esta misma grandeza de Dios no cabe la venganza, el castigo terrible, la cuenta cicatera. Somos nosotros, los adultos, los que entenebrecemos a veces esta hermosa confianza de los niños con Dios:

Algunas veces no me porto bien con Dios, pero él de sigue esperando (Angel M., 10 años).

Dios siempre nos está esperando para perdonarnos (Aurora S., 11 años).

Dios me quiere porque soy el único ser de la creación que puede amar, querer, llorar, reír, compartir, etc., porque El me ha creado a su amígen y semejanza (C. Collado, 13 años).

Dios me quiere porque me ha creado y es mi padre y todos los padres quieren a sus hijos por muchos que sean (Rosa López, 11 años).

Dios me quiere, pero no es sólo a mí a quien quiere (Pablo B., 10 años).

Dios me quiere porque un día que un pobre no tenía que comer le di un bocadillo, y un día que mi madre estaba cansada le dije: "Madre, siéntate. Yo haré las cosas" (Dolores G., 11 años).

■ Sentir a Dios

Amar y "sentirse" amado por Dios. Hay algo mucho más importante que ver, oír, tocar... Este algo intangible que no se puede adquirir, ni adiestrar y que está íntimamente ligado con la fe, es el sentir, *Sentir a Dios*.

Siento a Dios porque El, de alguna manera, está dentro de mí (Rosa López, 11 años).

Siento a Dios, cuando miro a mi alrededor y veo a la gente (Ignacio A., 11 años).

He sentido a Dios cuando lo he necesitado, aunque nadie se haya dado cuenta (Manoli Fernández, 11 años).

Cuando murió mi abuelo, Dios me ayudó a resignarme y sentí su consuelo (Juan Moreno, 13 años).

Siento a Dios cuando estoy rodeada de amor (Irene G., 12 años). En un caso de angustia sentí a Dios y me consoló (Angeles G., 11 años).

Cuando comulgo me entra una cosa en la tripa, que me siento feliz (Lucía M., 9 años).

Siento a Dios cuando estoy sola, y cuando lloro porque estoy triste. También cuando hago algo bueno (Dolores G., 11 años).

He sentido a Dios dentro de mi alma; un día que un perro fue a cruzar una carretera y venía un coche y le salvé. Y sentí a Dios dentro de mi alma diciendo que me merecía un regalo (Margarita Méndez, 9 años).

Cuando estoy sola "na más" hago que pensar en Dios y para mí siempre está (Paqui M., 12 años).

2. ORACION: PEDIR, DAR y RECIBIR

“Así os digo Yo: Pedid y se os dará; busca hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo a que pide recibe, y quien busca halla, y al que ma se le abrirá” (Lucas 11, 9-10).

● Los niños piden

Le pido a Dios muchas cosas, pero no me concede todas (Teresa 12 años).

Que no se nos muera nadie, que no haya guerra ni odio entre hombres (Dolores G., 11 años).

No. No le he pedido nada a Dios. Bueno, lo de la guerra, pero con un esfuerzo lo puede conseguir el hombre (Alfredo Bu 11 años).

Que mi madre se pusiese mejor, que mi hermano se curase y mi padre no perdiera el trabajo, y no lo ha perdido. Todo esto lo he pedido a Dios y me lo ha concedido (Isabel Díaz, 11 años)
Tengo que tener consideración pidiendo cosas a Dios, pues no yo sola. Hay mucha gente (Mercedes Núñez, 10 años).

Yo, con Dios, estoy muy contenta y no tengo ninguna pega. Todo lo que le pido me lo va concediendo (Matilde N., 12 años).

Le he pedido a Dios un poco de belleza, ya que, pase por donde pase y esté donde esté, los chicos me llaman fea (Catalina 13 años).

Peticiones de niños, lógicas, consecuentes, enternecedoras, ingertratando a Dios de “tú a tú”, no por soberbia sino por confianza por fe. A Matilde “le tiene muy contenta Dios” y Catalina confía en El para resolver su amargo problema de falta de belleza. Finalmente recibiréis, pero... ¿y si no se recibe?...

Yo le he pedido a Dios que el odio, la lucha y el rencor entre humanos acabara para siempre, pero no me lo ha concedido que yo creo que Dios quiere que seamos nosotros los que acabamos con el odio, la lucha y el rencor (Pablo Bueno, 10 años).

Si Dios no me concede algunas cosas será porque le pido muchas y además bastante nos da con la vida (Lucía M., 12 años).

Dios no me va a dar todo en bandeja. Yo también tengo que luchar (Mercedes G., 11 años).

Algunas personas mayores creen que Dios no es bueno porque en algunas cosas no les ha ayudado (Pablo B., 10 años).

Por último, las respuestas más profundas que se convierten en auténticos testimonios de fe, que al mismo tiempo analizan esta débil fe de los adultos y proclaman la calidad, la naturaleza, el vigor de la fe de los pequeños:

Algunas personas creen, pero no le dan importancia a esto, porque sólo conocen la fe de palabra (C. Collado, 13 años).

Yo creo que todos creemos en Dios, a pesar que algunos no lo sientan (Rosa López, 11 años).

Algunos dicen que creen, pero no creen, porque nos enseñan sin fe, y la fe es lo importante (María S., 12 años).

Algunos creen y otros no. Es quizás que se han resignado a no creer (Prudencia S., 11 años).

Son terribles las palabras de Prudencia. La resignación en este caso es anti-vida, anti-fe, anti-Cristo, anti-Hombre. Estremece pensar en una humanidad "resignada" a no creer, sin buscar, sin pedir, sin luchar por salir de las tinieblas, aceptando con "resignación" esa falta de Dios y, por tanto, esa falta de esperanza en la Resurrección, Resurrección sin la que nada se entiende de toda la doctrina de Cristo.

Creemos en la Resurrección de la carne y la vida eterna.

Cuando muera y empiece mi vida eterna, claro que veré a Dios, y además tengo la esperanza de que junto a El esté mi abuela (Inés de la Calle, 11 años).

CONCLUSION

Dios habla muchas veces por boca de los sencillos. El encuentro del ser humano con Dios no depende del talento sino de la disposición interna de la actitud personal. Sepamos escuchar a los niños, admitir sus opiniones y que todo esto nos sirva para pensar.

No olvidemos que Cristo dijo:

"Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has encubierto estas cosas a los sabios y prudentes del siglo, descubriéndolas a los humildes y pequeñuelos" (Lucas, 01, 12.)